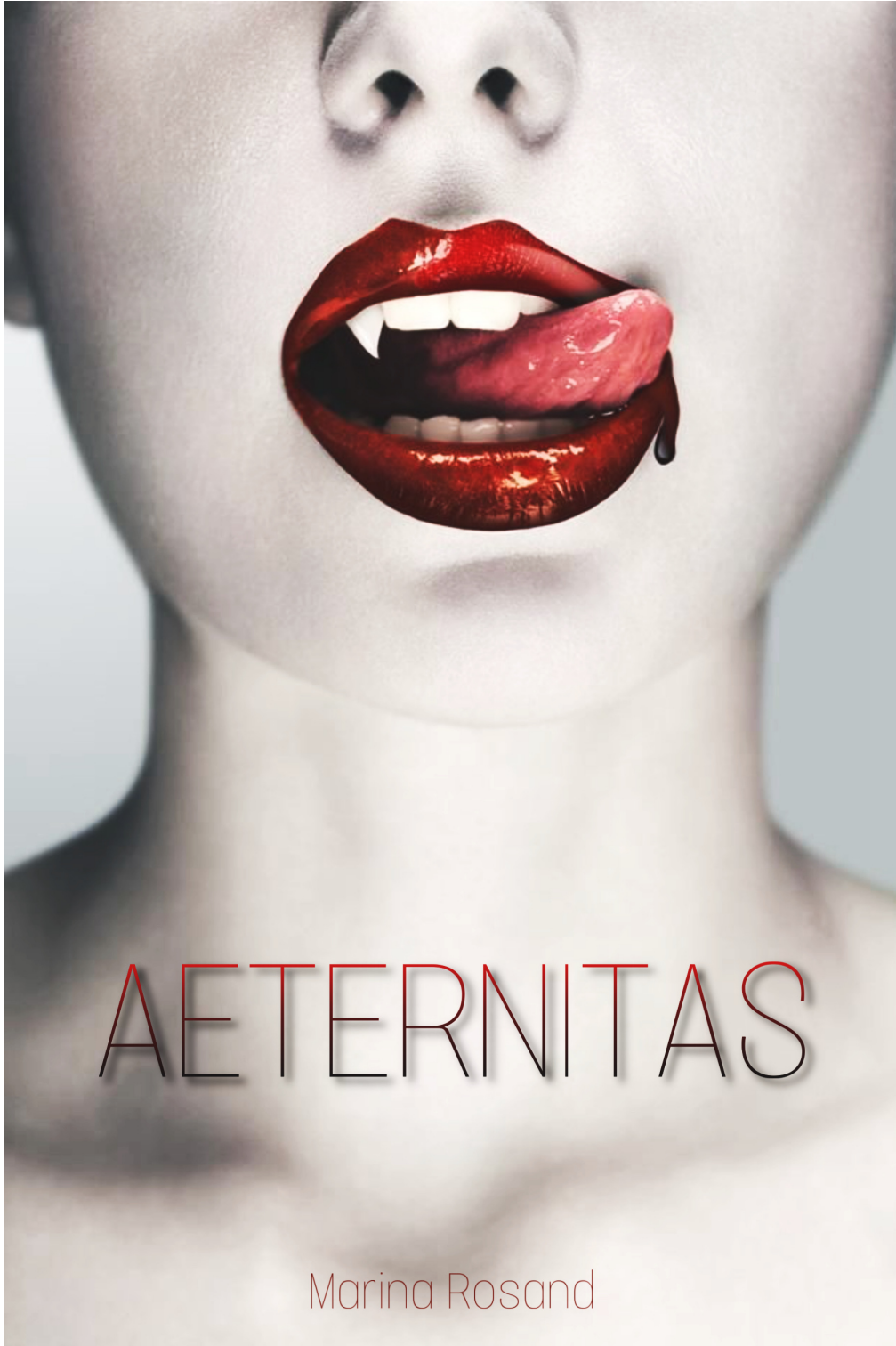


Aeternitas

Marina Rosado Andrades



AETERNITAS

Marina Rosand

Capítulo 1

Prólogo

Alexandro

Nos llaman los hijos de Satanás, moradores de la noche, los no muertos.

Dicen que vestimos inmensas capas oscuras y volamos por el cielo nocturno en busca de bellas mujeres a las que robar su esencia con un dulce mordisco.

Se cuenta que dormimos en la tumba que un día nos correspondió, a salvo del sol, encerrados en nuestros ataúdes.

Si nos rocían con agua bendita u olemos un ajo corremos espantados, y un estacazo en el corazón es la peor de las muertes.

Dicen.

Personalmente ignoro el por qué de esa difundida creencia, es bastante complicado cargarse un corazón cuya única función es rellenar espacio en un cuerpo muerto.

De todos modos con esas estúpidas ideas es normal que la mayoría de nosotros sobreviviera a la Edad Media, aunque al fuego hay que temerlo, no es que te mate, pero la piel vampírica quemada no se regenera, y eso complica la tarea de buscarse el pan.

¿Qué cómo se acaba entonces con un vampiro? Muy fácil, dejadnos al sol, no sobreviven ni los huesos, cualquier otra opción es inútil, he visto vampiros corriendo a por sus cabezas, y no es muy agradable.

En cuanto a las capas y tumbas...

Me llamo Alexandro Tamerlán, vivo en un ático de Sevilla y considero que las capas han pasado de moda. No trabajo en nada en especial, ni siquiera trabajaba cuando estaba vivo. No soy uno de esos vampiros multiusos que se pasan la eternidad buscando honrados trabajos y adquiriendo

habilidades manuales.

Las únicas habilidades que considero necesarias para llevar una buena vida son tener buen ojo, una cara bonita y la mano larga. He sobrevivido y bienvivido durante 100 años a base de eso, así que sé de lo que hablo.

Morí a la edad de veintidós años, si eres un vampiro y te pasas de los cincuenta no duras mucho, siendo un niño quizás, aunque reza por ser lo suficientemente agraciado para que tu belleza supla las funciones vitales que la muerte ha paralizado, hay que acercarse mucho a alguien para aprovecharse de él sin levantar sospechas.

Afortunadamente nunca fui una persona normal, eso me facilitó la tarea, no me voy a engañar, he tenido una vida bastante fácil dentro de lo que cabe.

Me abandonaron a los diez años, en el 1918 mi padre era alcohólico y mi madre jamás estuvo bien de la cabeza, creo que consideraron que un niño había venido siendo un gasto innecesario y se libraron de mí. No me tenían mucho cariño. A penas vi a mi padre tres o cuatro veces desde mi nacimiento, y no creo que mi madre se percatara de mi existencia lo suficiente.

Vagué sin rumbo durante días bebiendo agua del río y comiendo cualquier porquería que encontrase por la calle. Pronto comprendí que si seguía por ese camino no duraría demasiado, así que empecé a aprovechar el jaleo de los mercados para llevarme algo a la boca: barras de pan, tomates, pescado crudo... cualquier cosa me servía e incluso me gustaba. Pasé así cerca de un año, nunca me habían educado sobre el bien y el mal ni tenía ninguna clase de moral así que no os preocupéis, no salí traumatizado de la experiencia y desconozco el sentimiento de culpabilidad o lo que conlleva.

El caso es que a pesar de eso lo de robar era bastante complicado, y suponía no solo un esfuerzo físico, también mental. No se me daba mal pero si en ese momento hubiera sabido que había mejores formas de ganarse la vida jamás habría empezado con aquello.

Descubrí la alternativa una mañana de 1923, a mis quince años ya había comenzado a desarrollarme y destacaba por encima de muchos hombres ya bien entrados en la veintena. Aquél día decidí montármelo a lo grande. Fui a un restaurante y pedí todas las exquisiteces que pude encontrar en el menú, no era la primera vez que lo hacía, echarse una carrera nunca viene mal. El caso es que una vez me hube saciado me levanté sin pedir la

cuenta, con la máxima normalidad posible confiando en que nadie se fijara en mí.

Curiosamente sí que levanté miradas, las de todas y cada una de las mujeres. La que cenaban con sus maridos, las cocineras, camareras e incluso niñas. Ni un solo hombre se giró a mirarme, por lo que decidí probar suerte y caminar. Las preciosas camareras se limitaron a guiñarme un ojo y proseguir con su trabajo.

Y ese fue el inicio de mi corta pero fructífera vida de ocio y seducción. Si quería una barra de pan no tenía más que decirle algo bonito a la panadera, y tres cuartos de lo mismo con la frutera, la pescadera o la verdulera. Algunas me trataban como un encantador niño al que había que cuidar, en otras podía percibir aquél deseo libidinoso que las mantenía a mi merced, y la cosa no hizo más que ponerse mejor con la edad. Pronto me cansé de aquél mercado que había visto mis inicios, derrotas y fracasos. A los dieciséis años cambié de nuevo mi plan de acción.

Preciosas señoras de alta cuna o subidas a cuna alta, cansadas de sus aburridas vidas de mujer casada pero sin marido fueron el objeto de mi atención. Eran fáciles de engatusar, no se disgustaban si, paseando por la calle accidentalmente, rozaba con la palma de mis manos sus finos y cuidados brazos. Cualquier excusa les era suficiente para detenerse a hablar conmigo y apiadarse de mi pobreza. Me daban unas cuantas monedas, demasiadas para el poco servicio que les daba, una sonrisa y se iban contentas. Pero claro, en ese momento desconocía las técnicas que poco después Nini se encargó de enseñarme.

Nini era una prostituta de quince años, acostumbrada desde muy temprana edad a vivir en una familia pobre su abuela la había educado en el oficio de la noche, por lo que era toda una experta. No era una chica fea, pero sí destrozada tras años de venderse a los más rastreros hombres de la ciudad. Fue ella la que se fijó en mí una noche que una mujer acababa de darme el dinero para cenar. Al principio su cuerpo esquelético y mirada perdida me echaron para atrás, pero comprendí que poco o nada podía arrebatarme. Parecía simpática, aunque no podía estar seguro, jamás había tenido amigos. El caso es que estaba interesada en mí y en explotar mis habilidades, decía que era un diamante en bruto.

En un principio no comprendí a lo que se refería, entendedme, ya rozaba los diecisiete pero no me había sobrado tiempo para experimentar con mi cuerpo y menos para informarme sobre sus funciones sociales. No se molestó en explicármelo.

Fuimos a una habitación destartalada, escondida en un agujero al que ni las ratas se hubieran atrevido entrar, tenía una cama y un barreño de

agua y apestaba a alcohol y otras sustancias que no pude clasificar. Fue bastante rápido, como un curso acelerado. Me tendió en la cama y ella se encargó de todo el trabajo, yo estaba demasiado sorprendido como para hacer un solo movimiento, como si poner en marcha cualquiera de mis articulaciones fuera a parar aquella magnífica sensación. Cuando terminamos se subió las bragas y me dijo:

-Esto es lo que tienes que hacer. Vete pronto, antes de que traiga a alguien.

Y allí me dejó, tirado en la cama, con los pantalones por los tobillos y la boca abierta. En completo estado de shock. Ella misma tuvo que echarme a patadas cuando a la media hora volvió con un cliente, al que ni que decir, le disgustó levemente encontrar a un chico tirado en su cama.

Más adelante descubriría que aquella primera vez no fue tan buena ni por asomo, y que Nini no era más que una puta barata especializada en nada en concreto. No volví a verla, al menos no en todos los sentidos de la palabra. Meses después decidí visitarla para agradecerle su consejo, pero solo encontré su cadáver, descuartizado al lado del barreño ensangrentado. Fue una pena.

Pero a lo que iba, cualquiera hubiera pensado que mis inicios en el mundo del mercado, por llamarlo de alguna manera serían desastrosos. Un chico joven, ansioso por experimentar y sin más experiencia que la proporcionada por mi querida Nini. Sin embargo, y aunque te cueste creerlo fue realmente sencillo desde el principio. Llamadlo vocación.

Por aquella época había mujeres increíblemente insatisfechas con su vida conyugal dispuestas a tener una pequeña aventura con el chico de la esquina. Tenían dinero para llenar un barco y mucho tiempo libre. Bastaba con saber por dónde moverse y guardar discreción. Una simple mirada, un leve coqueteo y las tenías en un callejón, abiertas de piernas y con un fajo de billetes en la mano. Como ya he dicho mi vida fue y es bastante fácil.

Poco a poco fui ganando experiencia y descubrí varias maneras de cobrar más por mis servicios, empecé a tener clientas habituales y a los veintiún años la mitad de las ricas mujeres españolas habían aceptado mis servicios, algunas incluso me buscaban, toda una hazaña para un humilde chico como yo, la publicidad entre la clase alta sobre este tipo de divertimentos era más bien escasa. Seguramente las cosas empezaron a ir mal por un exceso de notoriedad.

Me encapriché con una bella mujer, descarada donde las haya, poco dispuesta a seguir las reglas de su marido, el que, dicho sea de paso, era un alto cargo ejecutivo con facilidad para perder los nervios. Desde el comienzo supe que ella no se molestaba en ocultar nuestra relación, y que por el contrario la utilizaba para atormentar a su querido esposo. Debí haberme alejado de aquello, lo sabía, pero su encanto y seducción no jugaban a mi favor y finalmente las líneas vendedor-comprador quedaron más que difusas.

La paciencia de aquel hombre llegó a su límite, y sus investigadores no tardaron ni un día en descubrir quién era yo y a qué me dedicaba, no me molesté en informarme sobre lo que querían hacer conmigo, decidí huir, consciente de mi negocio no volvería a ser lo que era si quería mantenerme con vida. Se acabó el esperar a las damas bajo su balcón, había llegado la hora de ocultarse, algo que le dolió bastante a mi bolsillo.

Ya me había hecho mi hueco dentro de la sociedad, no era rico, pero tampoco andaba escaso de dinero, mis ingresos me daban para vivir considerablemente bien teniendo en cuenta la época, y el tener que ocultarme supuso un estorbo para mi economía. Perdí un gran número de clientes que se negaron en citarse en los lugares que me vi obligado a frecuentar: bares clandestinos, pubs ocultos y calles sin muy buena fama. Empecé a tener un nuevo tipo de clientes, y en una época bastante desesperada no solo las mujeres obtuvieron mis servicios.

Había un lugar, llamado Placebo, un auténtico antro de perdición perfecto para hacer negocios mal vistos a los ojos de la sociedad, pasé allí la mayor parte de las noches anteriores a mi conversión, de hecho fue allí donde me transformaron, delante de 40 personas aparentemente ciegas dada la situación.

Bárbara habría destacado en mitad de una hecatombe, habría llamado la atención aunque un terremoto azotara la tierra, no podrías haber evitado mirarla aunque al otro lado alguien te apuntara con un arma. Bárbara era pura seducción, era el sexo personificado e idealizado. A su alrededor corría una extraña bruma que te atrapaba, te desarmaba y te arrastraba hacia su persona. Alta, morena, delgada y firme. Pensándolo con objetividad ahora veo que habría sido imposible no caer en sus garras.

Aquella noche, en octubre de 1930, Bárbara se encontraba en un extremo del bar, alejada de los mortales, rodeada por cinco hermosas concubinas dispuestas a dar su vida en ese mismo instante si ella se lo pedía. Me percaté de su presencia nada más entrar en el local. Como si su voz susurrara en mi oído mi rostro se volvió al punto exacto donde ella, sobre cojines de seda, reposaba con los ojos fijos en mí. A partir de entonces fue imposible actuar con claridad. Me dejé guiar por sus piernas descubiertas, sus ojos negros almendrados y sus carnosos labios rojos. Fue como si una soga se hubiera enrollado alrededor de mi cuello y hubiera tirado con la fuerza de mil caballos hacia aquella esquina.

No recuerdo con claridad los momentos previos, solo sé que caí rendido a sus pies, que el resto del mundo, mi pasado y mi futuro dejaron de tener importancia en el momento en el que sus labios rozaron los míos.

Ya no volví a ser el mismo. Aquél niño de diez años muerto de miedo, el joven que robaba barras de pan en el mercado, el muchacho que obsequiaba con besos a las señoras y el hombre que había terminado siendo desaparecieron para dejar paso a una criatura cuya existencia me había negado a creer, al igual que la mayor parte de los humanos. Una criatura fuerte, inteligente, feroz y sedienta de sangre. Condenada a vagar la eternidad por un mundo que en gran parte dejaría de tener sentido, que se convertiría en una absurda morada de falsedad y sufrimiento.

Bárbara me retuvo 5 años como esclavo, solo ella pudo verme durante ese tiempo, no me enseñó a ser un vampiro, ni a sobrevivir en el exterior, pues eso era justo lo que ella evitaba que hiciera. Al principio, como vampiro joven, mi poder quedaba anulado por sus siglos de técnica. Las noches y los días no tenían diferencia rodeado por cuatro muros.

Ellos alimentaron mi rabia, mi odio hacia Bárbara crecía con cada segundo, mis ansias de libertad, el deseo de venganza y el horror a una eternidad de silencio fueron mis compañeros de celda. Hasta el día que la maté.

No entraré en detalles acerca de cómo lo hice, pero puedo aseguraros que en el mundo no quedó ni rastro que probara su existencia. Ese fue el mejor momento de mi vida: observar cómo se consumía, contemplar el sufrimiento en su rostro mientras aquellos fríos ojos azules me imploraban. Esa sensación jamás la cambiaré, por nada.

No tardé mucho en darme cuenta de que ser vampiro no era una tarea fácil. Para empezar el tener que desplazarme únicamente de noche me supuso, en un principio, un enorme quebradero de cabeza. No tenía dinero, ni siquiera un lugar dónde vivir, en más de una ocasión descansé en alcantarillas junto a ratas y otras criaturas de más baja calaña.

Tampoco fue fácil retomar mi negocio. Mis tres primeras clientas murieron desangradas en sus aposentos. Ya bien fuera por mis ansias de sangre o por emplear demasiada energía en satisfacerlas.

Ya de por sí era difícil que no percibieran que había algo extraño en mí. Piel cetrina, colmillos más alargados de lo normal, voz demasiado profunda... pero curiosamente aquello les atraía, el sex-appeal de un vampiro es sin duda alguna, por encima de su fuerza, velocidad y sabiduría, su mejor baza.

Aprendí a alimentarme de jóvenes sin techo antes de iniciar la jornada de trabajo, nunca me gustaron los hombres, las ancianas tienen un sabor enfermizo y los niños aun están sin cosechar. El mejor plato es una chica sana de unos veinte años. Son deliciosas.

Poco a poco me di cuenta de la extensión de mis atributos, no solo podía dedicarme a seducir, era extremadamente rápido, sigiloso, podía meterme por cualquier recoveco, registrar y salir sin que nadie lo percibiera. Bancos, mansiones de lujo, cualquier lugar. ¿Y por qué mezclar la satisfacción con el trabajo si por separado cundían más? Dejé atrás mi vida de 'caballero de compañía', que cada vez entraba más en decadencia con los nuevos tiempos, para dedicarme a un trabajo mucho más interesante a la hora de hacer dinero: rápido y sencillo.

Y así continué mi vida, como si nada hubiera pasado, viviendo las noches en un país que agonizaba por las mañanas, libre de la represión que me rodeaba, no me importaban los asuntos de los mortales, sólo deseaba vivir satisfactoriamente y pasarlo bien. Y tenía suficiente dinero para que los demás no se metieran en mis negocios.

En cuanto a las amistades... Existen vampiros que crean aquelarres, se unen más por aburrimiento que por necesidad. Algunos incluso dicen enamorarse, pero sinceramente no creo posible el amor en criaturas como nosotros.

Yo vivo solo, no me contradigo cuando afirmo que los vampiros no son mi especie preferida: son mudables, impetuosos y egoístas, es una locura tener a uno como amigo. Tengo relación con alguno, la mínima, y sobre todo mujeres.

No necesito mantener charlas sobre mis problemas y sentimientos porque sencillamente no los tengo. Y cuando me asalta la soledad, bueno, prácticamente cualquier humano está dispuesto a hacerme compañía.

Victoria

No se si me gusta ser lo que soy, porque no puedo compararlo con absolutamente nada, nací así.

Se podría decir que el SIDA y el VMC, virus de la licantropía, tienen mucho que ver en cuanto a propagación. Mi madre si fue humana una vez, y por eso yo soy lo que soy.

Hay varias diferencias entre los infectados y los hijos de los infectados. Los primeros no tienen control sobre sus transformaciones, éstas ocurren en sintonía con los movimientos lunares, coincidiendo siempre con el plenilunio. No es algo tan sobrenatural. Más niños nacen en luna llena, hay más accidentes de tráfico y las peleas callejeras aumentan dichas noches. El propio ser humano cambia con la luna, así que os podéis hacer una idea de lo que supone un poder así sobre personas cuya alma se encuentra dominada por un lobo. Los infectados por mordedura difícilmente controlan su genio y el mal humor es parte de su naturaleza, seguramente conscientes de la vida que han perdido. Sabedores de la necesidad de vivir en la oscuridad, ajenos a los ojos de un mundo incapaz de comprender a nuestra raza. Por el contrario los hijos de hombres lobo podemos decidir el momento exacto en que queremos transformarnos, tenemos el carácter de cualquier otra persona y, al contrario que los mordidos, no necesitamos carne cruda para sobrevivir, eso sí, no podemos permitirnos ser vegetarianos.

La verdad es que no todos somos iguales. Ni por asomo. Hay licántropos de dos tipos, los que se dejan llevar por el instinto y los que luchan por aumentar su humanidad.

Los primeros pasan la mayor parte del tiempo al aire libre, muy ligados a la manada, comen carne cruda, incluso aquellos que no la necesitan. Sus métodos de apareamiento son exactamente iguales a los del resto de lobos ibéricos. Solo una pareja al año suele reproducirse en cada clan, cuando lo hace. No tienen contacto con las personas, odian la ciudad y la cultura occidental, según ellos alejada de la verdadera esencia de los animales, una cultura que asfixia y mata los instintos y nos condena a una falsa vida de mediocridad.

Por otra parte están los que intentan adaptarse a la sociedad, como en mi caso o el de mi madre. Solemos vivir en casas (generalmente apartamentos u hoteles, dado que somos nómadas), algunos tenemos trabajo, estudiamos... para los hijos de licántropo es mucho más fácil, al poder controlar nuestras transformaciones y prescindir de la caza podríamos llevar una vida prácticamente normal, si no fuera, por supuesto, por la presión de la manada.

Hay cosas de las que no podemos escapar. Y la manada es una de ellas, la más importante. Al igual que los lobos, los licántropos disponemos de una organización jerárquica que debemos respetar por encima de todo, debemos lealtad al Alfa, que, por desgracia, es mi padre. Es un ser completamente salvaje, en teoría guía a la manada y lucha por su bien. Generalmente los hombres lobo más arraigados a su naturaleza son los que ocupan posiciones más altas, hecho que hace todavía más difícil la posibilidad de darnos a conocer a la humanidad, a los que intentamos esto, a los que deseamos rechazar, o al menos controlar al lobo de nuestro interior nos llaman los Omega. Como supondréis mis padres no suelen llevarse muy bien.

Pero hay otras cosas de nuestra naturaleza que no podemos cambiar. Como ya he dicho somos nómadas, nuestro lugar predilecto para asentarnos es por el noroeste de España, pero nos vemos obligados a cambiar a menudo de ubicación para pasar desapercibidos.

No somos muchos, estamos en peligro de extinción. Nuestra libido se guía por las expectativas de prosperidad, la cual ha venido siendo muy escasa

en los últimos años. Nuestro periodo de gestación es de unos dos meses, y nuestra esperanza de vida no alcanza los cincuenta años, por suerte, de haber sido más parecidos a los lobos yo ya estaría muerta.

Y hablando de mí, Me llamo Victoria, tengo dieciocho años y soy hija del Alfa y la más descartada de las Omegas.

Mi madre, fue transformada por mi padre a los dieciséis años y, asustada y confusa, se entregó a él por completo sin importarle lo que este le hiciera. Poco después de tenerme a mí comenzó a replantearse su vida y lo que deseaba para su hija, fue entonces cuando descubrió que no solo existía un estilo de vida, que había gente que luchaba por ser como antaño, con lo que se desligó de mi padre en la medida de lo posible e inició su propia vida.

Fui a un colegio al año, pero a pesar de eso aprendía con rapidez y siempre saqué buenas notas. Ahora estoy terminando el instituto, ya, que la imagen de una mujer lobo estudiando para un examen es bastante cómica, pero soy una chica bastante normal, con un ligero trastorno anatómico y una gran familia muy controladora.

Nunca he tenido problemas para ocultar mi condición, a pesar de que las rabietas que tenía de pequeña me llevaban a transformaciones indebidas. Cuando notaba que algo así iba a ocurrirme en el colegio me encerraba en el cuarto de baño. Había numerosos rumores entre los alumnos de que un pequeño lobezno se había encariñado con los lavabos, pero jamás sospecharon que el animal fuera en realidad una compañera de clase.

Físicamente soy de estatura media y demasiado delgada para mi gusto. Blanca de piel, de pelo castaño y ojos azules. Mi aspecto lobuno tiene mucho que ver con mi apariencia humana. Mi pelaje es negro, con el hocico y el lomo blanco, mis ojos son exactamente iguales y cualquiera que me viera pensaría que soy un pobre animalito malnutrido. Soy bastante pequeña en comparación con el resto de licántropos, al contrario que ellos puedo pasar por un lobo cualquiera, mientras que los demás les superan visiblemente en tamaño.

Soy consciente de lo que todos esperan de mí. Desean que abandone mi idea de adaptarme a la sociedad que rechaza mi especie y me convierta en la esperada sucesora de mi gentil padre. Anhelan que, como ha venido sucediendo durante siglos y siglos el primogénito del Alfa ocupe su lugar.

Percibo sus miradas clavadas en mi nuca cuando paso por delante de ellos en las reuniones. Todos saben que a mi padre no le queda más de un mes

de vida y se preguntan a quién nombrará, si desacatará las normas por buscar a un líder más poderoso y entregado o se inclinará ante una larga tradición de Alfas.

Sé que si rechazo el nombramiento moriré, pero tampoco quiero ser una mala líder, a pesar de todo, de no entender sus pensamientos, a pesar de no compartir esa ciega fe por los instintos, les amo a todos y cada uno de ellos, son mi familia y un lazo invisible y mágico nos mantiene unidos en corazón.

Pero si me entrego a mi cometido perderé mi vida para siempre, no podré integrarme en una sociedad que ansío, deberé anteponer los deseos de la manada por encima de mis propios deseos y no podré estar alejada de ellos.

Sé que es difícil de comprender, pero por encima de todo, de las ideologías y las ilusiones, el corazón de un lobo late dentro de mí y el rechazo a tus hermanos es equivalente al más doloroso de los suicidios.

Si mi padre pronuncia mi nombre el día de la sucesión, sé que estaré allí a pesar del dolor de mi madre y el mío propio, sé que me entregaré en cuerpo y alma a mi cometido y que cualquier expectativa que haya tenido antes, cualquier idea que se me haya pasado por la cabeza sobre un futuro propio desaparecerá.

No podré tener una carrera, un trabajo, no tendré un grupo de amigas con las que salir a hablar sobre la fiesta de la noche anterior, no tendré la oportunidad de conocer a un chico normal e iniciar una vida junto a él. Yo no seré dueña de mi misma, sino de la manada, y cada paso que dé a partir de entonces vendrá guiado por su felicidad.

Capítulo 2

Capítulo 1

Fusus

Alexandro

Odiaba que Alfonso se paseara por mi casa como si le perteneciera. Solté las llaves en la mesita y me dirigí a mi habitación ignorando su presencia. Había puesto música clásica y leía a Cervantes, otra vez.

Alfonso era un vampiro nacido a mediados del siglo XV, ya en su juventud era extremadamente rico, y la muerte no había cambiado eso, al contrario, su fortuna no hacía más que crecer.

-No has cambiado la decoración- observó mientras yo me deshacía de la camisa- Sigues empeñado en dejarte llevar por una moda ridícula e incómoda.

Terminé de ponerme la bata intentando contener los nervios, si ya me era bastante difícil soportar sus ademanes pomposos en la calle, tenerlo sentado en el sofá criticando el mobiliario era una auténtica maldición.

No es que Alfonso me cayera mal, se podría considerar un auténtico caballero renacentista, la mayoría de los vampiros le respetaban e incluso temían, pero estaba completamente anclado en el pasado.

Entré en la sala y me dejé caer junto a él en el sofá.

-¿Qué haces aquí?

-Hacerte una visita, mi querido amigo- Sonrió burlescamente- Las finas lenguas me han comentado que últimamente pasas el día de mal humor.

Las finas lenguas, curiosa forma de llamar a Lola y su séquito de arpías.

-Sabes perfectamente que ese es mi estado habitual.

-Y he ahí el quid de la cuestión- Se levantó de un salto quedando delante de mí- He venido a invitarte a una fiesta, no hace falta que me lo agradezcas. Vas a hacer relaciones públicas.

Las fiestas eran el pasatiempo preferido de Alfonso, las organizaba por todo el mundo con envidiable perfección.

-¿Qué te hace pensar que voy a ir?

-No puedes pasar la eternidad encerrado en ti mismo de esa manera, sabes que todo vampiro, incluso tú, necesita contactos, tienes suerte de tenerme como amigo pero ya es hora de que abras las alas y eches a volar. Además está a tres pasos de tu casa, en el Salón de los cantos.

Sabía que al final cedería, él era sorprendentemente insistente y para ser sincero sus celebraciones no eran del todo aburridas.

-¿Cuándo?

-La gran noche de carnaval, por supuesto- Habló triunfante mientras sacaba una enorme bolsa de debajo de la mesa- Será una mascarada, me he permitido traerte un traje para que no destroces el ambiente con tu obscena vestimenta.

-Cómo no, una mascarada. Podrías hacer algo más cercano a nuestros días.

-Hay que perpetuar las viejas costumbres, pero tú qué sabrás, no fuiste de la mano de Ana de Dinamarca ni palpaste aquellas finas sedas... al menos tienes buen gusto para la música.

Sacó el CD del reproductor y lo introdujo cuidadosamente en la caja.

-¿Quién irá?

-Me he encargado de que sean invitadas las más bellas damas del reino, a parte de nuestros amigos- reflexionó unos instantes- Es decir, mis amigos. También me he tomado la molestia de hablar con Lola.

-Esa vampiresa es un estorbo.

-Vamos, habéis pasado juntos muy buenos momentos, dale otra

oportunidad.

-Ya hago suficiente yendo a esa fiesta.

Observé cómo Alfonso cogía su larga chaqueta y se dirigía a la puerta.

-Tienes razón. Te esperaré esta noche a las diez a los pies de Juan de Pineda, quiero presentarte a unos amigos antes de que de comienzo la fiesta. Tienes la máscara dentro de la bolsa.

Dicho esto abrió la puerta y se fue.

No habría aceptado ir de no saber que lo hacía todo por mí. Conocí a Alfonso pocos años después de transformarme y desde entonces había actuado como el padre que nunca tuve, a pesar de mis continuas quejas. Me presentó a los más influyentes vampiros y me creó un nombre entre la realeza. Gracias a él yo era respetado, y siempre tenía a alguien a quien acudir cuando las cosas se ponían feas.

Ahora me tocaba a mí mantener la posición que me había regalado.

Me dirigí al balcón y lo abrí de par en par para mirar el lugar en el que en menos de 24 horas se celebraría la gran fiesta a dos metros bajo tierra. Una casualidad que me pillara tan cerca.

Victoria

Marta me esperaba en el pasillo cuando acabé la clase de Lengua, después de casi nueve meses de amistad ya sabía reconocer cuándo tenía algo importante que decirme, aunque claro, importante era un término muy relativo cuando se trataba de Marta.

-¡Nos han invitado a la mayor fiesta del año!- Gritó estampándome un papel contra la cara.

-¿Nos?

Cogí la invitación para observarla, parecía hecha para una boda, rectangular con bordes y letras doradas.

-Sí, puedo llevar a una amiga, solo hay un problema.- Me la arrancó de las manos señalándome la dirección- He preguntado a todo el mundo y nadie sabe dónde está la 'Plaza de los Cantos', es como si ese lugar no existiera, quizás se hayan equivocado de dirección.

Había escuchado aquél nombre en alguna parte, sabía que estaba en Sevilla pero no lograba ubicarlo.

-¿Cómo lo has conseguido?

-Eso es lo mejor- Se sentó en el banco que había a nuestro lado y yo la imité- Anoche

estaba paseando por la avenida de la Constitución cuando un hombre guapísimo se acercó a mí. Parecía de otra época, te lo juro, pelo largo recogido en una coleta, pálido, chaqueta larga, botas altas... el caso es que me habló de la fiesta y me dijo que podía llevar a alguien, y bueno, se que últimamente andas preocupada con algo, aunque no quieras contármelo, pensé que te gustaría.

Le sonreí, el optimismo de Marta siempre me hacía sentir mejor. Volví a mirar el papel intentando concentrarme en el nombre.

-Pues tenemos que averiguar qué sitio es éste. ¿Has mirado en Internet?

-Esperaba que tú lo hicieras, no he tenido tiempo, se me olvidó hacer el trabajo y me he pasado la mañana en la Biblioteca.- Se sonrojó antes de continuar- Y me he dado una vueltecita por la Catedral... por si el chico seguía allí.

Iba a preguntar qué le hacía pensar que su caballero de brillante armadura seguiría en el mismo sitio cuando caí.

-Es entre la catedral y el Alcázar, la Plaza del triunfo, antiguamente se llamaba Plaza de los Cantos.

Marta me miró extrañada.

-¿Cómo sabes eso?

-Antes de mudarme a Sevilla pasé un tiempo leyendo sobre ella. Es raro que escriban la invitación poniendo el nombre que tenía en el siglo XV.

-Lo raro es que sea en ese lugar, que yo sepa no hay ningún local donde celebrar una fiesta. Y no da la impresión de ser tan cutre como para que

la celebren en medio de la calle.

Miré el reloj y me levanté, ya llegaba tarde a la cita con mi padre, y no le gustaba que me retrasase por lo que él llamaba 'asuntos de escoria'.

-Quizás sea el lugar de reunión- Le dije mientras caminaba hacia la salida con ella a mi lado- Y después nos lleven a todos juntos a otra parte, no lo sé. ¿Te fías del que te la dio?

-¡Sí! Parecía muy de fiar, era cortés, educado... encantador, y de todos modos es en mitad de la calle, no hay peligro.

-No se de dónde voy a sacar un vestido para esta noche, y menos para una mascarada.

-No creo que eso sea muy importante, será suficiente con ponerte una bonita máscara y un vestido lo suficientemente corto para que toda la atención se fije en tu rostro.

Curiosa manera de razonar, mientras menos se viera el vestido más se fijarían en mi cara.

-¿Eso es lo que vas a hacer tú?

-Pues claro, no esperarás que me compre un vestido antiguo.

Llegamos a la parada e intenté despedirme mostrándome tranquila, que mi padre quisiera verme no era una buena señal en absoluto.

-Hoy voy a ir en otro autobús, voy a ver a mi tía al otro lado de la ciudad.

-Vale, ¿Quedamos esta noche allí entonces? ¿A la una?

-Allí estaré.

Una vez la hube perdido de vista salí corriendo a una velocidad lo suficientemente humana hacia el lado contrario. Había quedado con mi padre en un parque no muy lejos de allí, pero cinco minutos eran ya para él una total falta de respeto hacia el Alfa, incluso viniendo de su hija.

Había estado todo el día intentando mantenerme ocupada para evitar pensar en las razones por las que querría verme extraoficialmente, aunque la terrible certeza había estado rondando en mi cabeza buscando un resquicio por donde colarse en mis pensamientos. Quizás me

equivocara, puede que solo quisiera saludarme, saber cómo me iba, a lo mejor la única causa de nuestro encuentro eran los remordimientos por ser un mal padre.

Cuando llegué él ya parecía más que enfadado. No había nadie a su alrededor, la gente solía temerle. Era alto y corpulento y todas las cicatrices que marcaban su cuerpo le conferían un aspecto aún más terrorífico, era una suerte que yo ya estuviera acostumbrada.

Se acercó a mí y me dio un beso en la frente.

-Me has tenido esperando aquí rodeado de todos estos humanos.

-¿Quieres que vayamos a tomar algo?- Le pregunté haciendo caso omiso a su queja.

-Mejor paseemos, tengo varios asuntos que atender hoy, hay muchas cosas que poner en orden...

Percibí su voz cansada, deteriorada y sobre todo preocupada, como si todo el futuro del mundo dependiera de él.

-¿Qué ocurre?- Cerré los ojos instintivamente, intentando controlar los latidos de mi corazón. Aquél parecía ser el momento que había temido durante toda mi vida.

-Sabes que pronto moriré, todos lo saben, noto cómo mi cuerpo pierde su fuerza a demasiada velocidad.- pasó su brazo por mi hombro y no solo pude sentir la carga de sus huesos, si no la de todo aquello que se me venía encima- Conozco bien tus ideas, pero para la manada la tradición es muy importante, y mi sangre corre por tus venas. No quería pedírtelo delante de todos, aunque así sea como debe hacerse, esto es algo extraoficial...

Una enorme lágrima corrió por mi mejilla.

-No me lo pides... me lo ordenas.

-Te necesitan, un líder que no nos corresponde equivaldrá a nuestro fin. Sabes que debes hacerlo, tu propio cuerpo te lo está implorando, Victoria. Notas cómo estás cambiando, ¿verdad?

Sí que lo notaba, por mucho que me hubiera negado a creerlo mi corazón había estado suplicando que me uniera a los míos, mi cuerpo había adquirido una fuerza mayor al resto de la manada y mis sentidos se

estaban triplicando.

-¿Entonces no tengo elección?

Acarició mi rostro con la yema de sus dedos, intentando apaciguar un dolor que no podía comprender.

-Naciste para guiarlos. Eres la única que puede desempeñar ese papel. Si no lo haces por ellos deberás hacerlo por ti. Ese sentimiento que está naciendo en tu interior desde hace meses no dejará de crecer hasta que le concedas sus deseos.

Aparté sus manos con rabia, aunque sólo me decía la verdad era como si él me estuviera condenando.

-¿Cuánto tiempo tengo?

-La anunciación será dentro de tres días, y dentro de una semana te cederé el mando, si es que estoy vivo para entonces.

No lo estaría, cuando la vida de un licántropo estaba llegando a su fin todos los demás lo sabían, nacía una extraña tensión en el ambiente, la muerte se palpaba en el aire y danzaba alrededor del futuro difunto, cada vez más cerca, más intensa. Y mi padre la tenía prácticamente enrollada al cuerpo y abrazando su pecho.

Sabía que no había manera de escapar, que ni siquiera me quedaban siete días de vida, al menos de la vida que conocía y deseaba.

-Allí estaré cuando me llames.

-No esperaba menos de ti, hija mía.

Hija mía... Sentí cómo la rabia luchaba por liberar al lobo de mi interior. No me molesté en despedirme, me marché.

Huí sin importarme que los humanos se percataran de mi increíble velocidad, recorrí toda Sevilla dirigiéndome a aquel lugar especial que me ayudaba a olvidarme de todo. Dejé a mi padre atrás mis responsabilidades, mi destino.

Cuando llegué al parque natural y estuve segura de que nadie me vería me quité la ropa y la escondí para transformarme. Siendo un lobo todo era mucho más fácil, como si mi mente olvidara las preocupaciones y se abandonara a la naturaleza, a los sonidos, los olores y el aire.

Era una sensación completamente liberadora. Yo ya no era Victoria. Ya no era la hija del gran Alfa ni la chica condenada a llevar una vida distinta a los demás. Nadie dependía de mí cuando corría entre la hierba. Era más alma que cuerpo, me sentía volar, y sobretodo, lo más importante, era que me pertenecía a mi misma, a nadie más.

Pero todo era mentira, y una enorme parte de mí era completamente consciente de ello. Pasé toda la tarde en aquél sitio, convertida en lobo. Y por primera vez aquello no me reportó la tranquilidad que esperaba.

Alexandro

-Hacía tiempo que no te vía tan atractivo, Alexandro- Dijo Lola cuando me vio entrar.

Como siempre Alfonso se había superado. Aquél lugar parecía construido a base de oro y diamantes. Toda la iluminación estaba dada por antorchas y velas de enormes arañas de cristal que pendían del techo. Blancas cortinas vaporosas caían hasta el suelo dando un aire mágico a la escena y la banda de música ya tocaba una suave melodía de fondo.

Apenas había gente. Unos diez vampiros hablando entre ellos, a parte de Lola y sus amigas. Los verdaderos invitados no llegarían hasta más tarde.

Me acerqué a ella con desgana, estaba cansado de sus juegucitos del ratón y el gato.

-Tú tampoco estás mal- Y era verdad, Lola era una mujer extremadamente atractiva, aunque eso no era difícil tratándose de un vampiro, nuestros encantos se veían potenciados. Pero a decir verdad Lola destacaba por encima de las demás- ¿Qué tal la vida?

-No puedo quejarme, mis acciones van viento en popa y en unos días partiré a ver mundo. Este país se me ha quedado pequeño, y la gente...- Me miró pícaramente- No me interesa lo suficiente. ¿Tú qué tal? He oído

que sigues sin atreverte a transformar a nadie.

Lo hacía para dañarme, Lola conocía mi historia y la repulsión que me producía la idea de convertir a alguien a causa de mi pasado.

-No es una de mis prioridades.

-Quizás deberías planteártelo, no es bueno pasar tanto tiempo solo, y dado que no te agrada estar con los demás puede que te sea más fácil aceptar compañía si la creas tú mismo.

Alfonso llegó en el momento justo para refrenar mi instinto de saltarle a la yugular. Tenía un don para oler los problemas y solventarlos en un santiamén.

-¡Querido Alexander!- Me abrazó amistosamente y miró a la vampiresa- Si nos disculpas hay gente que desea conocerle.

-Por supuesto Alfonso, tu fiesta ha quedado perfecta, como siempre.

Le cogió la mano y se inclinó hacia ella en un ademán demasiado teatral para mi gusto.

-Mil gracias amor mío. Todo es poco ante tu hermosura.

Era deprimente presenciar tanta hipocresía, en aquella fiesta las máscaras no eran lo único que ocultaba el verdadero rostro de la gente, me alejé de ellos buscando cualquier otro tema de conversación que no me hiciera vomitar.

Comprobé que había varias mesas repletas de comida y fuentes de vino, a pesar de que nosotros no comíamos la mayoría de los invitados sí lo hacían, y había que tratarlos bien, ellos eran nuestro alimento.

En este tipo de fiestas, a pesar de ser esencialmente vampíricas, la mayor parte de los invitados eran seres vivos. Alfonso los encontraba de lo más interesantes y siempre que podía se rodeaba de ellos. A esta celebración en concreto había invitado a todos los vampiros de la ciudad, unas cuantas vampiresas y un enorme puñado de humanas, según me había dicho.

Pronto descubrí el objetivo de Alfonso al invitarme con tanta antelación, los vampiros que ya se encontraban en la sala eran de enorme influencia: ricos y poderosos. Me acerqué a hablar con la mayoría. Jueces, grandes empresarios, escritores... tenían el poder de librar a más de uno de algún problema gordo. Cuando les dije mi profesión no se sorprendieron, muchos vampiros llevan mi estilo de vida y a los ojos de nuestra especie

es un trabajo completamente honrado.

Finalmente mi amigo había conseguido su misión, pasé varias horas hablando con altos cargos e incluso bromeando con ellos. Mientras, las invitadas humanas fueron llegando y quedando sorprendidas por la majestuosidad de la fiesta. El ambiente no tardó en llenarse de un magnífico olor a sangre joven. Noté cómo todos los vampiros se ponían en guardia y dejaban sus conversaciones para centrarse en sus nuevos objetivos, conseguir el manjar más exquisito de la cesta.

-¿Ves cómo no iba a ser tan malo?- Alfonso se colocó junto a mi viendo entrar a los invitados- En apenas dos horas has reforzado tus lazos con el mundo, solo te pido que asistas a un par de fiestas como estas al año y todo solucionado. Puedes irte ahora si quieres...

-Sabes que no me voy a ir, ahora es cuando empieza lo bueno.

-En lo que sin duda alguna eres un experto- bromeó- No acapares a las mejores.

-Descuida, hoy solo vengo a mirar.

Y era verdad, ya me había divertido suficiente aquella semana. Me conformaba con observar las exquisiteces que Alfonso había seleccionado.

Sin duda había dónde elegir, altas, bajas, rubias, morenas... decenas de chicas completamente ajenas a la presencia de vampiros letales y sedientos. Muy pocas de ellas morirían aquella noche.

La mayoría de nosotros nos conformamos con beber un poco de ellas y borrarles la memoria. No es muy aconsejable abandonar cadáveres por la ciudad, llama mucho la atención y no necesitamos drenarlas por completo, para algo las tenemos a montones, tomar un poco de cada una y hacerlas olvidar es la mejor decisión.

Pasé durante un buen rato intercambiando sonrisas con las chicas y dando conversación a las más silenciosas. Todo transcurría con normalidad hasta el momento. La música, el baile... era imposible no divertirse en una fiesta así.

Capítulo 3